

ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS

Departamento de Geografía y Ciencias del Territorio. Universidad de Córdoba

## *La conformación del mito de Doñana según la literatura viajera*

### RESUMEN

Se analiza cómo históricamente se ha conformado el mito de Doñana con tres valores básicos: su flora y fauna; el ser paraíso cinegético; y sus paisajes atrayentes. Este mito se estudia sistemáticamente a base de la literatura de viajes y se concluye que se forja discontinuamente a lo largo de los siglos pero que definitivamente se conforma en el Romanticismo.

### RÉSUMÉ

*La conformation du mythe de Doñana d'après la littérature de voyage.*- On étudie comment le mythe de Doñana s'est constitué historiquement sur trois valeurs essentielles: sa flore et sa faune, le fait être un paradis cynégétique, et ses paysages attrayants. Le mythe est étudié systématiquement sur la base de la littérature de voyage et l'on conclut qu'il s'est forgé de forme discontinue tout au long des siècles mais qui atteint son épanouissement et sa perfection avec le Romantisme.

### ABSTRACT

*The configuration of the myth of Doñana in the literature of travel.*- I analyze how the myth of Doñana has been historically configured according to three main values: its flora and fauna, the fact of being a hunting paradise, and its attractive landscape. After having systematically studied this myth throughout the literature of travel, I reach the conclusion that this myth has been forged in a discontinuous way across centuries, and that it acquires its definitive form in the Romanticism.

### *Palabras clave / Mots clé / Key words*

Doñana-Marismas, literatura viajera, flora y fauna, caza, paisaje.

Doñana-Marismas, littérature de voyage, flore et faune, chasse, paysage.

Doñana-Marismas, literature of travel, flora and fauna, hunting, landscape.

## I INTRODUCCIÓN

**N**O ES concebible cualquier imagen o percepción de Doñana sin considerar su aislamiento, marginalidad geográfica o condición de

«lugar esquivo a la Historia, (que) a lo largo de milenios se ha ido conformando el mundo occidental de aquellas tierras, (que) han pasado como un espectro, rincón ignoto y primigenio al que todo se le supone pero al que nada se le demuestra» (OJEDA RIVERA, GONZÁLEZ FARACO, VILLA DÍAZ, 2000, pág. 346).

Sin duda ello se debe a su excentricidad desde un punto de vista geográfico en el contexto peninsular, pero también a la dificultad de la accesibilidad de forma

que los viajeros no pasan por Doñana sino que van a Doñana. Esto último sin duda tiene relación con el carácter anfíbio de Doñana-Marismas, donde hay una confrontación no sólo geológica sino incluso a escala histórica de la tierra y el agua, del río Guadalquivir y del océano Atlántico.

Espacios geográficos como estos, históricamente, han podido ser despreciados y marginados; aprovechados en sus limitadas, aunque, con frecuencia, genuinas ofertas; considerados en sus posibilidades de transformación y colonización para hacerlos productivos; o protegidos en su estado salvaje y natural para la conservación de sus valores ecológicos y estéticos.

A lo largo de la conformación histórica del mito de Doñana tres valores básicos se resaltan de este territorio: los biogeográficos, constituidos por su flora y fauna; los cinegéticos, en parte corolario de los anteriores; y los paisajísticos, que son exaltados más tardíamente. Bien entendido, a su vez, que estos valores admiten también dos posturas por parte del hombre: la intervención e incluso la falta de un respeto mínimo en cuanto a su oferta natural o la protección con la finalidad de propiciar la admiración y el deleite científico y estético que ofrecen estos territorios. Como puede suponerse estas posturas dependen, por lo demás, de los paradigmas económicos, ideológicos y estéticos que se han sucedido a lo largo de los siglos.

Nosotros, utilizando una fuente especial cual es la literatura de viajes, vamos a analizar y comprobar la apreciación que se hace de Doñana-Marismas en este corpus literario y a indagar cuáles son las constantes que aparecen en las formas de percepción y apreciación de este espacio geográfico. Sépase, no obstante, que hasta el Setecientos, nuestras observaciones a los textos viajeros no son sistemáticas, siéndolo mucho más en la literatura viajera ilustrada y romántica, correspondientes respectivamente a los siglos XVIII y XIX, que, por demás, es la que ha conformado (especialmente la segunda) una imagen nítida, rotunda y persistente de Andalucía, en cuyo contexto lógicamente hay que analizar el mito de Doñana.

No obstante, nuestro estudio debería dividirse en dos grandes partes: la primera, más de conjunto, se podría titular «Aportaciones generales de la literatura viajera a la conformación del mito de Doñana», y la segunda debería centrarse en un estudio monográfico sobre lo que A. Chapman y W. J. Buck suponen, dentro de la literatura viajera, para la conformación del mito de Doñana, ya que, sin duda, son estos los autores que más extensa, persistente y apasionadamente estudiaron y valoraron este espacio singular de la geografía andaluza. Pero hay que advertir que el segundo tema ya ha sido tratado por extenso y está publicado (LÓPEZ ONTIVEROS, 2006, págs. 261-315), por lo que a él remitimos y aquí sólo desarrollamos el primer ítem de los aludidos.

## II OBSERVACIONES SOBRE TEXTOS VIAJEROS ANTIGUOS RELATIVOS A DOÑANA

Por su condición de rigurosa literatura viajera (se trata de un «periplo» o circunnavegación por nuestro li-

toral, que es lo que significa la palabra «ora») y por su importancia geológica, arqueológica e histórica, hemos de aludir al menos a algunas referencias sobre nuestro territorio de estudio, que aparecen en la obra *Ora marítima* de Avieno, escrita en la segunda mitad del siglo IV d.C., aunque su información más que coetánea, se refiere a tres mil años atrás cuando se desarrolla la dominación griega y fenicia en España (GAVALA, 1992, págs. 7 y 15-16).

Se cita con profusión en nuestro caso el pasaje de esta obra, que corresponde a la desembocadura del río Tartessos, que sería nuestro actual Guadalquivir, y que es como sigue:

«mas el río Tartessos  
saliendo del lago Ligustino, corre  
por la llanura y por doquier envuelve a la isla.  
Pero no sale de éste por un solo brazo  
ni surca por un solo cauce el césped,  
sino que entra en los campos por tres bocas  
del lado de la aurora y baña con dos pares  
de bocas luego el sur de la ciudad».

(Avieno: *Ora marítima*. Traducción de Schulten, en Duque, 2004, pág. 85).

«Más el Río Tartessos, al fluir del lago Ligustino a través de campos abiertos, ciñe por todas partes con su corriente a la isla. Este río no avanza con una corriente única, ni surca con un solo cauce el terreno subyacente, pues vierte sus *aguas* en los campos por tres bocas por la parte de levante, y con una boca gemela baña también dos veces la región situada al sur de la ciudad».

(Avieno: *Ora marítima*. Traducción de Gavalá, en GAVALA, 1992, pág. LIII.)

Este texto, según el comentario geológico de Gavalá, es altamente significativo para poder «reconstituir en el transcurso de los tres últimos milenios... la antigua topografía de los terrenos» correspondientes a la desembocadura del Guadalquivir.

(E incluso esta) «topografía —escribe este autor— ha experimentado cambios importantes en el transcurso de las últimas centurias. Su aspecto físico se ha ido modificando lentamente, pero siempre en el mismo sentido, a partir del momento en que el Guadalquivir y el Guadalete, una vez terminada la excavación de sus estuarios aluviales, comenzaron a rellenarlos con sus acarreos» (GAVALA, 1992, págs. 3-4).

Es evidente, pues, según se deduce de todo lo anterior, la inestabilidad de todo el sector así como su carácter anfíbio por más que la interpretación de Schulten respecto a las bocas del Tartessos a las que se alude en el texto se sitúen en nuestras actuales Marismas, y Gavalá

«desplace esta triple desembocadura hacia Cádiz que tiende a identificar con Tartessos, en cuyo caso los tres brazos serían los actuales ríos Guadalete y San Pedro y el Caño de Sancti Petri» (GAVALA, 1992, págs. 94-97 y DUQUE, 2004, pág. 86).

En todo caso queda bien claro, según este texto, el carácter inestable y anfíbio del espacio marismeo y sus transformaciones históricas, que Gavala prueba irrefragablemente.

En el siglo XIV Alfonso XI, entre 1340 y 1350, compone el famoso *Libro de la Montería* (ALFONSO XI, 1977) donde constan los principales cazaderos del Reino de Castilla. Dichos cazaderos han sido cartografiados para Andalucía en un alto porcentaje de más del 65% y en el mapa que los representa es claro y sobresaliente el aislamiento del cazadero conocido por las Rocinas (LÓPEZ ONTIVEROS, VALLE BUENESTADO y GARCÍA VERDUGO, 1991, págs. 10 y sigs.). El tal cazadero se describe así:

«En tierra de Niebla hay una tierra quel dicen las Rocinas, et es llana, et es toda sotos, et hay siempre hí puercos, non se puede correr esta tierra si non en invierno muy seco, que non sea lloviOSO; et la razón porqué, porque hay muchos tremedales en invierno lloviOSO; et en verano non es de correr porque es muy seca, et muy dolenciosa. Et señaladamente son los mejores sotos de correr cabo una iglesia que dicen Sancta María de las Rocinas», sin duda la actual Virgen del Rocío (ALFONSO XI, 1977, pág. 276).

Observaciones obvias que se pueden hacer al texto son las siguientes: se confirma una vez más que se trata de una tierra llana e inundable que «no se puede correr en invierno salvo que no sea lluvioso, y reseca en verano»; abundan los sotos donde viven y se refugian muchos jabalíes que, junto con el oso, son las especies descritas en este *Libro de la Montería*; sin duda este texto ha sido clave para la creación de la imagen cinegética de Doñana por la repercusión secular que ha tenido la susodicha relación de cazaderos.

Documentalmente se puede confirmar esta riqueza cinegética de Doñana con documentos de aproximadamente un siglo posterior (DUQUE DE ALMAZÁN, 1981, págs. 65 y sigs.). Y así este autor incorpora un documento de 1485 sobre la construcción de un palacio en Lomo de Grullo, propiedad de la Corona, junto con otros del mismo tenor o parecido y por fin uno de 1494, donde se revocan los permisos antes concedidos para entrar y utilizar dicho coto, a cuyo propósito se describen así las especies cazables del Coto Real:

«... non sean osados con una legua al derredor de los dichos palacios del Lomo del Grullo de cazar ni cacen de noche nin de día puercos nin ciervos nin liebre nin conejo ni otras algunas salvajinas nin cacen con falcones nin con otra cosa alguna perdiz ni garza ni abutarda ni lechuza ni alcaravan nin grua nin lavanco ni martinete ni aberramia ni otras raleas de aves conviene a saber con los dichos falcones ni con perros ni hurones ni con galgos ni perros ni ballestas ni arcos nin redes nin buey ni candil ni con otros armadijos ninguno nin menos traygan los dichos sus gana-

dos de noche nin de día paciendo nin cortando leña nin derrocando la dicha bellota en la dicha una legua en derredor de los dichos palacios...».

Y ya a finales del XVI, en 1582, según el *Discurso de la Montería* de ARGOTE DE MOLINA (1882), se vuelve a exaltar la importancia cinegética de la zona afirmando:

«En la costa del mar donde el Guadalquivir entra en el océano son Las Rocinas, monte del duque de Medina Sidonia, de espacio de diez y siete leguas, abundantísimo de mucha caza de venados, jabalíes y liebres en los rasos y aves de volatería, que son sin número las que se crían en aquellas lagunas y marismas».

Insistentemente, pues, y con continuidad a lo largo de la Edad Media y Moderna, Doñana-Marismas ha ido conformando el mito de su riqueza cinegética, explotada y apreciada por los Reyes y la alta nobleza, por lo que se comprende perfectamente lo que vamos a relatar respecto a la visita de Felipe IV, en 1624.

### III

#### VISITA DE FELIPE IV A DOÑANA EN LA PRIMAVERA DE 1624

Sébase previamente que en 1587, el Duque de Medinasidonia recibe de manos de un guarda la lista de los pájaros que anidan en la laguna de Santa Olalla, y arrienda la caza de conejos con la condición expresa de que los cazadores maten cuantos puedan en su coto de las Rocinas. Éste no se llama todavía de Doñana, recibiendo tal nombre por primera vez en 1599 aplicado al Bosque (DUQUE, 2004, págs. 38-40).

En este contexto Felipe IV visita su posesión del Bosque y el coto de Doñana de los Medinasidonia en la primavera de 1624, «constituyendo la visita acaso el hito más espectacular de la historia de Doñana» (DUQUE, 2004, pág. 41). Y de aquí que el acontecimiento contara con variadas «relaciones» de lo acontecido que según UHAGÓN (1984, págs. 5-6) pueden ascender a seis.

De estas crónicas se deduce que el acontecimiento sobrepasó todo lo imaginable y para él, el Duque de Medinasidonia «mandó fabricar en el desierto del Bosque, una ciudad capaz al ospedage de su Magestad» (*Relación de cacería...*, 1984, pág. 5), habiendo concurrido en un determinado momento doce mil personas a una cena (DUQUE DE ALMAZÁN, 1981 pág. 172) y prodigándose todo tipo de acontecimientos festivos, banquetes, teatro, fiesta de toros, cañas, etc etc. Pero creo que está fuera de toda duda que Felipe IV, el Rey cazador por antonomasia de nuestra historia, va primordialmente a Doñana por motivos cinegéticos y por ello el monarca

«todos los días salía a caça de jabalíes, que se mataron muchos... Siempre que su Majestad quería salir a caça, mandava avisar al Conde de Niebla, y se alargavã tres, o quatro leguas hazia la mar, dõnde estavan en centinela muchos Ginetes guardando la costa» (*Verissima relacion...*, 1984, pág. 10).

Y en efecto, aparecen documentadas, día a día las cacerías en las que participa el Rey de la siguiente manera:

– El jueves 13 de marzo, llega el Rey al Bosque de Doñana, quedando de acuerdo en que «los Monteros de a pie del Duque hiziesen algunos conciertos de jabalies que pudiesse su Magestad correr passando de el bosque de Palacio al de Doña Ana» (*Relación de la cacería*, 1984, pág. 15).

– El viernes 14, «el Conde de Niebla, el Señor don Alonso su tío, y el Marques de Ayamonte salieron á recibirle, llevando solo consigo los monteros de á pie y á cavallo, tiradores, y perreros de la misma librea con sus sabuesos, y lebreles, y de respeto cavallos en que montar» (*Relación de la cacería*, 1984, pág. 15). Pero incluso la *Verissima relación* (1984, págs. 7-8) es mucho más explícita y pone de manifiesto la pasión del Rey por la caza:

«Y aviendo besado al Rey la mano, y hecho sus cortesías, abraçandole el Rey, le dixo Conde de Niebla demos buelta al monte, buscaremos algun javalí, y assi aperció el de Niebla la gente necesaria, ente los quales traxo doze lacayos cõ doze cavallos de diestro todos con libreas, y los cavallos con ricos adereços de monte, y mantas encima de brocado: a la redonda del monte estavan otros veynte y quatro hombres á cavallo todos con lanças en las manos para acompañar a su Magestad en la caça, y otros veinticuatro hombres cõ perros, y escopetas para lo mismo, y otros tantos galgos, con cada uno un hombre».

[...]

«Salió el Rey, y el Principe, aguardando que el de Niebla y sus caçadores fuesen por las lagunas cercando la caça para traerla a donde su Magestad, y Alteza estavan. Desta suerte anduvieron toda la tarde buscando algunos javalíes, y por ser ya tarde, y estar algo cansados entrando en sus coches se bolvieron a Doñana donde estava su aloxamiento que de alli estava una legua».

El resultado práctico de la cacería de este primer día parece ser que no fue muy exitoso pues:

«Por ser tarde, y muy asperos los montes, no uvo lugar mas de que los sabuesos matassen uno de los que estavan concertados, en que su Magestad se entretuvo, y después en ver correr los galgos una vanda de Gamos» (*Relación de la cacería*, 1984, pág. 16).

– El sábado 15 «por la tarde fue a montar con el Marqués de Castel Rodrigo, y el Conde de Niebla, y los Señores se entretuvieron...», matando su Magestad «con el Arcabuz vn famoso jabalí, y otro los perros,

aviendo passado el resto de la tarde en ver correr otros, de que vino muy entretenido» (*Relación de la cacería*, 1984, págs. 19-20).

– El domingo 16, el Rey, tras visitar la playa de la Barrosa y observar los lances de los pescadores,

«bolbió a la laguna de Sancta Olalla, donde tenia el Duque prevenida una Falua, y tres barquetas (...) Aquí se embarcó su Magestad, el Conde de Olivares, y el Conde de Niebla que la governava, y dos ballesteros que cuydavan de las Escopetas de su Magestad y Alteza, y otros dos tiradores de el Duque, quedando los demas con los Monteros de a pie en las veras de la laguna levantando la caça, y todos los Monteros de á cavallo con lanças á las espaldas della, para descubrir, y guardar la mar. En las demas barquetas se embarcaron algunos de aquellos Señores, y criados de el Duque, y de su Magestad, que andando embarcado, con la Escopeta mató mucha caça, y quedó tan aficionado á este exercicio, y á la dicha Laguna, que diferentes vezes repitió al Conde, que no avia tenido en su vida mejor rato» (*Relación de cacería...*, 1984, págs. 20-21).

– El lunes 17, el Rey «se entretuvo en el mismo ejercicio» (*Relación de la ida...*, 1984, pág. 15), pues

«fué hasta la dicha laguna, y aviendose entretenido en ella un rato en la forma que el día passado, se partió de allí á montar, y corriendo un lixero javalí, le acosaron dos Monteros de el Duque con los Sabuesos, hasta echarle los Lebreles, y hallandose cerca su Magestad, y don Miguel Paez de la Cadena, se echo de el cavallo á tenerlo por los orejas, y su Magestad con un cuchillo de Monte lo mató, de que bolvió muy gustoso, y entretenido. La noche la passó como las demas, y el día siguiente, resolvió yrse» (*Relación de cacería...*, 1984, págs. 21-22).

La conclusión definitiva que puede sacarse de esta inigualable visita real a Doñana, como se ha dicho, el acontecimiento más importante de su historia, es el protagonismo sin igual que tuvo la actividad cinegética y en adelante, el deslumbramiento de estos fastos deportivos constituirán hasta hoy el gran punto de referencia y el ingrediente, acaso principal, del mito de Doñana.

#### IV

#### LA VISIÓN DE DOÑANA SEGÚN LOS VIAJEROS ILUSTRADOS

En el Siglo de las Luces se prosiguen visitas y acontecimientos que no son sino continuación de los grandes fastos del siglo anterior y así se sabe que en 1729, visita Doñana el Rey Felipe V y con toda probabilidad en 1797 Goya acompaña a la Duquesa de Alba al Coto y es allí donde crea sus Majas (DUQUE, 2004, pág. 47). Estos y otros sucesos similares siguen confirmando una vez más el mito cinegético de Doñana y la atracción que ejerce sobre la alta sociedad.

Pero, a su vez, es significativo que en este siglo empiece a consolidarse el mito ecológico o biogeográfico de Doñana con la confección de *El estado y relación de los árboles, arbolitos, yerbas, animales y pájaros que hayan el bosque y coto de Doña Ana, propio del Excmo. Sr. Duque de Medinasidonia*, de fecha 23 de agosto de 1774 (DUQUE, 2004, págs. 47 y 91-93).

En tercer lugar, respecto a este siglo XVIII, conocemos testimonios, más o menos explícitos, de celebres viajeros ilustrados cuales son el de Townsend, sin duda uno de los más perspicaces británicos que nos visitaron por entonces, y de Antonio Ponz, que con su *Viaje de España*, es probablemente el mejor de cuantos viajeros españoles recorrieron nuestro país.

El texto de Townsend en su *Viaje por España en la época de Carlos III* (TOWNSEND, 1988, págs. 283-285), puede parecer banal pero es un ejemplo claro de una narración empírica y pragmática muy propia del siglo XVIII. Y así nos describe con precisión el itinerario que sigue, que es en barco y sobre el que dice:

«Cuando hube satisfecho mi curiosidad en Sevilla y decidido que mi próxima visita la haría a Cádiz, alquilé el camarote de un barco de pasajeros que estaba previsto saliera de la ciudad por la tarde y llegara a Sanlúcar en seis horas y media, río abajo».

Nos informa igualmente del precio del viaje y de los acompañantes, narrando anécdotas y sucesos banales. Las marismas, por su marginalidad, ni siquiera se aluden expresamente, pero se describe en general el paisaje de este curso bajo del Guadalquivir que sin duda corresponde en parte al borde de Doñana-Marismas. A saber:

«Las veinte leguas que separan Sevilla de Sanlúcar corresponden a un terreno llano, de suelos profundos y cubierto de pastos siempre verdes».

[...]

«El territorio es ondulado y el suelo arenoso en las partes más bajas y en las proximidades del mar, mientras que el que queda en medio está formado por una arcilla rígida que hace que el camino sea realmente malo».

El inmediato paisaje agrario del entorno perimarismeno lo describe con gran precisión, de acuerdo con la proclividad que tienen los autores ilustrados por los temas agrarios. Diciendo así al respecto:

«Más o menos a mitad de camino conté hasta veinte yuntas de bueyes que labraban el campo. El arado no se adecua en absoluto al suelo, pues carece de aletas en el dental, de cuchilla y de vertedera, que sustituye por dos clavijas de madera. En un terreno suave podría responder muy bien, pero apenas sirve cuando el suelo está formado por arcilla fina. En las colinas más altas, que se encuentran expuestas a los vientos del Sur, hay viñedos, los cuales, junto con los grandes olivares que aparecen a menudo, dan al paisaje una variedad atractiva».

Este modelo de un Guadalquivir bajo, llano, en que se resaltan sus rasgos físicos, el paisaje agrario de sus bordes, su aislamiento y soledad, se repetirá en otros relatos y véase cómo, con bastante más precisión, se repite en un texto de JACOB (2002, págs. 96-97) de 1809-1810, si bien aquí confirmando entidad específica a la Marisma estricta:

«Las tierras de las inmediaciones de Lebrija son muy ricas, abundantes en olivos, viñedos y cereales. Durante varias millas atravesamos una suave colina, hasta que entramos en unas extensiones llamadas *Marisma* que sólo se pueden cruzar cuando el tiempo está seco. Un día lluvioso produce tal efecto sobre este rico suelo, que lo hace impracticable para cualquier carruaje, apenas se puede avanzar a caballo sin hacer algunas leguas por el Camino Real, a través de Utrera y Alcalá. La *Marisma* es la extensión de pastos más amplia que he contemplado en mi vida. Desde donde nosotros la atravesamos se extiende hasta casi Sevilla, en una distancia de ocho leguas españolas que supone cada una de ellas al menos cuatro millas inglesas. La seca temperatura continua ha reseca la tierra y le ha dejado poca vegetación, pero por las profundas grietas causadas por el calor, se puede apreciar que es un suelo aluvial rico de una profundidad considerable. La vista se cansa ante la extensión del horizonte y ningún objeto se interpone para dar algo de variedad a la escena, excepto los rebaños de ganado, y las manadas de caballos que se alimentan o más bien, se mueren de hambre en esta estación sobre un suelo que en otros tiempos era la tierra más exuberante que había en España. El río Guadalquivir corre a través de la llanura y en invierno desborda sus orillas, por lo que inunda por completo el campo hasta casi alcanzar las montañas».

Pero la información viajera principal del siglo XVIII nos la transmite Ponz, siendo bastante chocante que no haya sido esgrimida ni divulgada, porque creo que es excelente. Merece, pues, la pena glosarla y seleccionar algunos de sus textos.

Empieza Ponz la descripción de esta zona partiendo de San Lúcar de la que, por supuesto, como es normal en el modelo del relato ilustrado, se detallan historia, producciones, monumentos, algo de estructura urbana, etc, pero también su situación que es así según el autor:

«La situación es maravillosa á mi gusto, casi en la misma embocadura de Guadalquivir en el Océano, el qual rio tiene aquí una buena legua de ancho».

[...]

«(El) Picacho, es el mirador que hay en lo más alto, desde el qual se descubre perfectamente gran parte de Guadalquivir y del Océano, los pinares del Coto de Oñana, que está al otro lado del rio, los de Chipiona, &c» (PONZ, t. XVIII, 1794, págs. 119 y 124).

Por su importancia no sólo hidrológica sino también histórica, véase cómo describe el autor La Barra de San Lúcar:

«es una cordillera de peñas, que principia media legua de aquí en la punta de Montijo, y llega hasta el Castillo del Espíritu



Santo, que solo dista de la Ciudad un cuarto de legua. Un muelle que sale de dicho Castillo está arruinado en el día, y solo en baxamar se ven los trozos del antiguo Murallón, que se acabó de destruir con el terremoto del año 1755, y su largo dicen que era de ochocientas a mil varas. Hay sus trabajos, particularmente en tiempos tempestuosos, para entrar las embarcaciones grandes en el río, y fondear en el Puerto; pero los de pescadores se introducen por algunos boquetes del expresado Murallón. Por el Canal grande que llaman de Levante se introducen embarcaciones hasta de trescientas toneladas» (PONZ, t. XVIII, 1794, pág. 120).

Pasa Ponz posteriormente a temas más campestres cuales son los referidos al Coto de Oñana y al Lomo del Grullo. He aquí como introduce el primero:

«Al otro lado del río, que aquí tiene una buena legua de travesía, está el Coto de Oñana ya nombrado, al qual llaman vulgarmente de Doña Ana, y se extiende algunas leguas, terminándose por el lado de medio día en la costa del océano, en el río Guadalquivir por oriente, y por la parte de norte en el Real Bosque que llama el Lomo del Grullo, propio de S.M. y finca de los Reales Alcázares de Sevilla, del qual diré luego á V. quatro palabras» (PONZ, t. XVIII, 1794, pág. 125).

Tras recordar el magnífico recibimiento que en él se hizo a Felipe IV en 1624 y dando por supuesto su pertenencia a los Duque de Medinasidonia, a continuación, sin solución de continuidad, a causa sin duda de la proximidad física y ecológica, describe Ponz ampliamente el Lomo de Grullo o Real Bosque, en este amplio y excelente texto:

«El Lomo de Grullo ó Real Bosque no lo separa del Coto de Oñana sino un caño de agua que llaman la madre, y suele secarse en verano. Es muy abundante de toda suerte de caza, como lo es tambien el de Oñana que hemos referido. Su extensión es de ocho leguas en circunferencia, y era donde se divertían los Reyes quando tenían su residencia en Sevilla. Hácia el medio de la referida circunferencia está el Palacio, que por antiguo y ruinoso se demolió años pasados, construyéndose otro nuevo en el mismo sitio, de cuya obra estuvo encargado el Señor Don Francisco Bruna, Teniente Alcayde de los Reales Alcázares de Sevilla y de sus pertenencias.

Dista este Real Sitio ocho leguas de Sevilla, y los de la ribera de Guadalquivir al lado derecho de su corriente: confina con las Rosinas que pertenecen á la Villa de Alcázar, y continúa entre montes hasta la Ciudad de Moguer, que es la última *Thule* occidental de Andalucía, en la Frontera de Portugal. Los Pueblos mas cercanos al Coto del Rey, ó Lomo del Grullo, son Almonte, Villamanrique, Hinojos, Pilas y Rosciana (...).

Está poblado dicho Real Bosque de muchas suertes de árboles, como son álamos blancos y negros, alcornoques, encinas, acebuches en abundancia, membrilleras y gran porcion de plantas brabías de las que cria la Sierramorena, con muchos fresnos, que son raros en Andalucía, sin saber por que, siendo plantas de mucha utilidad y socorro por su madera para carbon, para utensilios y para otros usos; sobre todo para alimento de ganados en años de sequedad, que faltan los pastos. Hay tambien mucho monte baxo de todas clases de arbustos, y un pinar crecido de mas de una legua de circunferencia.

Hay tambien en el Coto muchas aves de las que llaman de entrada; es á saber: ánsares, patos reales y negretes, luceruelos, salseretas, agachonas, zorzales, gallinetas, estorninos, cornejones, y los páxaros llamados Flamencos, de hermosos colores, especialmente el carmesí en alas y cuello. En el quartel que llaman la Paxarera, muy poblada de álamos, se juntan en primavera aves extrañas, que acuden á anidar, como son palitoques, cuyos picos son á modo de cucharas, y tienen un palmo de largo; martinets, garzas, orales, somayas, &c. &c. Esta es una de las concurrencias mas divertidas de aquel sitio.

No faltan en el Real Bosque manantiales de agua muy clara y delgada, que brotan de la tierra, formándose algunos arroyuelos que, atravesando el Coto y las marismas, entran en Guadalquivir; y tambien hay lagunas con multitud de patos. Desde lo alto del Palacio se alcanza á ver toda la Real posesion, que lo mas de ella es una llanura sin encontrarse una piedra; pero con piso muy suave de arena encepada en yerba, la qual viene muy temprana, y se arrienda por Partidos para pasto de ganado vacuno y caballar; pero volvamos á San Lucar para seguir nuestro camino» (PONZ, t. XVIII, 1794, págs. 125-128).

Observaciones que pueden ayudar a glosar este importante texto son las que siguen:

- Se insiste en la proximidad geográfica y similitud física y biogeográfica del Real Bosque y Coto Oñana, si bien es lógico que se resalte el primero, pues la obra de Ponz esencialmente es un inventario de bienes artísticos o de otro tipo de propiedad real y/o pública que diríamos hoy.

- La descripción es muy completa comprendiendo extensión, titularidad jurídica, límites, palacio, pueblos cercanos, flora y fauna, hidrología (manantiales, arroyos, lagunas), topografía y aprovechamientos.

- Respecto a la fitogeografía repárese en la exacta y rica descripción de los árboles sin olvidar monte bajo, pastos y el reciente pinar.

- En cuanto a la fauna se resalta la abundancia de caza, pero se detallan sólo las acuáticas, acreditando la existencia, ya entonces, de la «Paxarera» y la abundancia de aves migrantes (de paso en su terminología). Sin duda este último aspecto le interesa a Ponz especialmente, pues unas cuantas páginas antes ha descrito la laguna de Medina-Sidonia, «cuya circunferencia me pareció que se acercaría a una legua, y había en ella un sin número de aves de agua, con pesca abundante de anguillas, &c.» (PONZ, t. XVIII, 1794, pág. 67), y la laguna de Xanda

«que va á desaguar en el Estrecho. Esta laguna es mas grande que la que nombré á V. entre Xeréz y Medina-Sidonia: acuden á ella como á la otra infinitas aves de diversas suertes, que naturalmente pasan el Estrecho á su placer, y son moradoras en un vuelo de dos partes del globo. También abunda esta laguna como la otra de peces, particularmente de anguillas» (PONZ, t. XVIII, 1794, pág. 72).

• Es muy probable que Ponz conociera la relación aludida de árboles y plantas, yerbas, animales y pájaros de 1774, supuesto que su texto es posterior, de 1794. Encaja esta posibilidad con el interés que denota nuestro autor en los nombres de aves y peces que advierte «tienen nombres muy diversos aún en un mismo Reyno, y sin ser de diversa clase, según ha querido el vulgo de los pescadores, y de los aficionados á la caza» (PONZ, t. XVIII, 1794, págs. 127-128).

• En todo caso el testimonio viajero analizado hay que considerarlo de gran valor y definitivo para que en cuanto a la imagen, Doñana-Marismas, sea considerada además de paraíso cinegético sin igual, asiento de una biogeografía sin parangón. En un estadio aún precientífico este pergeño prepara y preconiza el interés y desarrollo científico por la flora y fauna de Doñana que se desarrollará en el siglo XIX y principios del XX.

## V

### LA IMAGEN DE DOÑANA EN EL ROMANTICISMO DEL SIGLO XIX

Si se analizan los estudios que han indagado sobre la formación del mito de Doñana, es frecuente atribuirle una progenie romántica. Pongamos al respecto algunos ejemplos. El Duque de Almazán presta atención al viaje de Felipe IV, en el siglo XVII, pero para él el siglo XIX es como la culminación cinegético-romántica del Coto, que califica «como uno de los mejores del mundo»; que merece la visita y cacería de jabalíes de la Emperatriz Eugenia, con repercusión en la prensa internacional; que la venta del Coto por los Medinasidonia a Garvey y la Fundación de la Sociedad de Monteros, en la que participaron personajes ingleses claves a nuestros efectos como A. Chapman y W. J. Buck, supuso incluso un mejoramiento de su caza y un avance en su protección (DUQUE DE ALMAZÁN, 1981, págs. 465 y sigs.).

Otro tanto cabe decir de la historia del mito que es objeto de análisis en los dos primeros capítulos de la obra de A. DUQUE (2004, págs 48-57), en la que al siglo XIX corresponden nada menos que estos acontecimientos «mitificadores»: monterías románticas de Robert Dundas Murray y de R. Sánchez, plasmada esta última en el correspondiente libro; en 1854 la publicación por Antonio Machado y Núñez, abuelo de los Machado, del *Catálogo de las aves observadas en algunas provincias de Andalucía*, que recoge las de Doñana y que estará en la base de la legión de coleccionistas de todo el mundo que acceden a nuestro Coto para coleccionar especies,

huevos y plumas e igualmente de ornitólogos que vienen a estudiarlas; en 1863, como ya se ha indicado, cacerías de Eugenia de Montijo y en 1882 la de Alfonso XII; repetidas estancias en el Coto de Chapman, cuya importancia llega a ser grandísima, y al que acompañan hasta 1931 fotógrafos y pintores faunísticos de fama internacional que immortalizan la fauna y el paisaje marismeños.

No tiene, pues, nada de raro con estos antecedentes, que OJEDA, GONZÁLEZ FARACO y VILLA DÍAZ (2000, págs. 346-347), en los que llaman «algunos hitos del mito», resalten también hechos y autores del XIX como los referidos R. Sánchez, Chapman y Buck y R. Ford.

Yo no quiero quitar importancia a esta esencial (aunque no total) atribución del mito de Doñana al Romanticismo, pero pretendo, con textos de la literatura viajera, los más no analizados por estos y otros autores, contribuir a ver cual fue con precisión y matices la imagen de Doñana que se forjó en el Romanticismo decimonónico.

1º. Muchos autores, sin referencia alguna a Doñana, probablemente porque su excentricidad geográfica no les facilitó la visita (como se dijo, a Doñana se va, no se pasa por ella), conocen no obstante la zona y hacen una descripción meramente banal, nada laudatoria y por supuesto desconociendo el mito. Así autores románticos tan emblemáticos como DORÉ y DAVILLIER (1984, págs. 372-373) despachan el asunto de la siguiente manera:

«Sanlúcar está situado en la orilla izquierda del Guadalquivir, a poca distancia de su desembocadura que se ensancha mucho antes de verterse en el Océano. Construida sobre una playa, casi a flor de agua, no ofrece la ciudad nada de notable. Algunas palmeras que se elevan por encima de un terreno arenoso quemado por el sol son testimonio de la suavidad del clima, comparable con el de Málaga. El gran negocio de Sanlúcar de Barrameda es el comercio de vinos, principalmente los de manzanilla que deben su nombre a una pequeña ciudad de Andalucía».

[...]

«La costa de Andalucía, al norte de la desembocadura del Guadalquivir, es casi siempre llana y arenosa; con mucha frecuencia los pinos achaparrados y algunas plantas aromáticas constituyen la única vegetación que se alza sobre la orilla casi desierta».

¿Cómo es posible una descripción tan escueta y tópica como la que precede hecha por dos prohombres del romanticismo viajero y con los antecedentes que había sobre Doñana y su entorno? Sencillamente creo que es aquí bien visible el desprecio por la llanura de los románticos que sólo encuentran la belleza y lo sublime en la montaña (ORTEGA CANTERO, 1999, págs. 119 y sigs., y 2000, págs. 193 y sigs.; y LÓPEZ ONTIVEROS, 1988, págs. 41-42, y 2004, págs. 133-135).

2°. Por otra parte, R. FORD (1980, págs. 200-201), sin duda el más influyente de los viajeros románticos ingleses, fija con sus distancias los itinerarios Palacio de Doña Ana al Rocío - Almonte - Rociana - Niebla, etc y Bollullos - Aznalcázar - Villa Manrique - El Coto, pero su información sobre Doñana es tan anodina como puede comprobarse en este texto:

«La primera parte (del primer itinerario) contiene una de las mejores zonas de caza de toda España. *Marismillas* es una excelente reserva cinegética. El palacio de *Doña Ana*, que es corrupción de *Oñana*, era el famoso retiro del duque de Medina Sidonia donde recibió a Felipe IV en 1624. Al norte está el *Coto del Rey*, o *Lomo del Grullo*, reserva real. El palacio, o pabellón de caza, fue construido en el siglo pasado por Francisco Bruna, el alcaide de Sevilla bajo cuya jurisdicción están, o estaban, estos bosques (...) Este palacio español, como ocurre con frecuencia en otros lugares, significa, en inglés claro y castizo, *cuatro paredes*, pero cuatro paredes desnudas, (...) porque allí lo único que encontrará el visitante es leña y buena caza».

[...]

«Nadie que sea aficionado a la caza dejará de pasar una semana en el *Coto del Rey* o en el de *Doña Ana*.

Dejando este último lugar y pasando por el santuario de nuestra señora del Rocío llegamos *Almonte* en el *Condado de Niebla* que era un pequeño principado bajo los moros y antes aún la provincia de los antiguos *Turdetani*; aquí es donde se produce el vino malo que, en Sanlúcar, es adulterado y convertido en barato y puro Jerez».

No cabe duda que este texto hay que tildarlo más de desmitificador que de mitificador de Doñana y, por supuesto también, de despectivo, aunque, eso sí, reconociendo un valor ya consagrado: el de la riqueza cinegética de Doñana. Tampoco se alude nada al valor ecológico de este espacio, desconociendo la información tan relevante de Ponz. Es como un texto meramente turístico-informativo y pragmático al estilo ilustrado de Townsend y sirviendo a la guía turística que era su gran libro, el *Handbook*.

A este tratamiento de Doñana-Marismas por parte de Ford, tan parcial, poco entusiástico y hasta malintencionado no cabe atribuir sino la misma causa que indicamos para el de Doré-Davillier: la llanura interesa poco o nada a los viajeros románticos. No obstante, por el carácter enciclopédico y culto de la obra de Ford, extraña que no se haga eco alguno del valor ecológico de esta llanura terminal de la Bética.

3°. T. Gautier y A. Dumas también tienen textos sobre nuestro espacio que nos interesan. Está fuera de dudas la gran significación de estos dos grandes autores en la forja de la imagen romántica de Andalucía y ¿cómo describen ellos este humedal, aunque ninguno lo

aluda con su nombre propio de Doñana o Marismas, y que ambos atraviesan en barco de Sevilla a Sanlúcar? La estructura y elementos de ambos relatos se esquematizan a continuación como se ve en el Cuadro I.

Lo primero que salta a la vista en este cuadro es la similitud de la estructura de los textos y de sus elementos concretos e incluso las expresiones iguales: orillas «de aspecto no encantador», «aguas amarillas» sobre cielo y mar azules, parecido entre el Guadalquivir y el Escalda, abundancia de acuáticas entre ellas garzas y gaviotas «con la pata levantada y doblada bajo el vientre», etc. Sin duda, Dumas, cuyo libro apareció dos años después del de Gautier, no sólo se inspiró en él sino que plagió a éste con alguna adaptación. Por ello también, como es lógico, el texto de Gautier es mucho más atrayente y bello. Por su alta significación y valor merece la pena reproducir la parte en que se describe el paisaje de las orillas del Guadalquivir:

«Las orillas del Guadalquivir, por lo menos bajando hacia el mar, no tienen ese aspecto encantador que les dan las descripciones de los poetas y de los viajeros. Yo no sé de dónde han sacado los bosques de naranjos y granados con que perfuman sus romances. En realidad, sólo se ven ribazos no muy elevados, arenosos, color de ocre; aguas amarillentas y revueltas, cuyo tono terroso no puede atribuirse a las lluvias, tan raras en aquel país. Ya había yo notado en el Tajo esta falta de transparencia en el agua, que quizá procede de la gran cantidad de polvo que el viento precipita en ella y de la naturaleza movediza del terreno por que atraviesa. El fuerte azul del cielo también contribuye, y por su extrema intensidad hace parecer sucias las tonalidades del agua, siempre menos brillantes. El mar sólo puede luchar en transparencia y azul con un cielo semejante. El río iba ensanchándose continuamente, las orillas decrecían y se allanaban, y el aspecto general del paisaje asemejábase a la fisonomía del Escalda, entre Amberes y Ostende. Este recuerdo flamenco, en plena Andalucía, es bastante raro refiriéndose al Guadalquivir, de nombre árabe; pero la relación acudió a mi mente con tal naturalidad que necesariamente la semejanza debía ser real, pues os juro que no estaba pensando en el Escalda, ni en el viaje que había hecho a Flandes hace seis o siete años. Había, además, poco movimiento en el río, y lo que se divisaba de campo al otro lado de las orillas era inculto y desierto; bien es verdad que estábamos en plena canícula, estación durante la cual España no es más que un inmenso montón de ceniza, sin vegetación ni verdor. Como únicos personajes, garzas y cigüeñas, con una pata levantada y doblada bajo el vientre, la otra metida en el agua hasta la mitad, esperando el paso de algún pez, con una inmovilidad tan absoluta que se les tomaría por pájaros de madera sujetos a una vara. Barcas con velas latinas, colocadas en tijera, bajaban y subían por el río con el mismo viento, fenómeno que no llegué a entender, aun cuando me lo explicaron varias veces» (GAUTIER, 1985, págs. 302-303).

Una primera observación a este texto es que precisamente la descripción del paisaje ocupa buena parte del tratamiento de este espacio que hace Gautier; sin



CUADRO I. *El paisaje del Bajo Guadalquivir según Gautier y Dumas*

Gautier (1845)	Dumas (1847-1848)
<p>* <i>El paisaje de la orillas del Guadalquivir.</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>– Sin el aspecto encantador que le atribuyen poetas y viajeros.</li> <li>– Sin bosques de naranjos y granados.</li> <li>– Ribazos no muy elevados, arenosos y ocres.</li> <li>– Aguas amarillentas, terrosas y sucias.</li> <li>– «Cielo y mar azules y transparentes».</li> <li>– El Guadalquivir es como el Escalda entre Amberes y Ostende.</li> <li>– Campo inculto, desierto, sin vegetación ni verdor.</li> <li>– Garzas y cigüeñas, con la pata levantada y doblada bajo el vientre.</li> <li>– Barcas que subían y bajaban por el río.</li> </ul> <p>* <i>Alusión a Sanlúcar.</i></p> <p>* <i>La desembocadura del Guadalquivir «tiene cierta grandeza, pero una grandeza un poco seca, un poco monótona...».</i></p> <p>* <i>Juegos, bailes, castañuelas, tambores de los viajeros contra el aburrimiento.</i></p> <p>GAUTIER, 1985, págs. 302-304.</p>	<p>* <i>El paisaje de la orillas del Guadalquivir.</i></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>– No ofrece ese aspecto encantador que le dieron los poetas árabes y franceses.</li> <li>– Llenas de caza.</li> <li>– Llanas y poco accidentadas.</li> <li>– Aguas que por el sol parecen amarillas.</li> <li>– «Solo el cielo nos recuerda la latitud, ese cielo de un azul claro y crudo».</li> <li>– Hubiese jurado que estaba en Holanda y no había duda en calificar el Guadalquivir con el nombre de L'Escaut.</li> </ul> <ul style="list-style-type: none"> <li>– Bandadas de patos, avutardas, enorme gaviota, multitud de animales acuáticos, garza o cigüeña con la pata levantada y doblada bajo el vientre.</li> </ul> <p>* <i>Alusión a Sanlúcar.</i></p> <p>* <i>«A partir de Sanlúcar ... el Guadalquivir alcanza las proporciones de un gran río y es que allí se funden el río y el mar».</i></p> <p>* <i>Relato sobre la joven Julia y entrevista con el excelente torero y cazador el Chiclanero.</i></p> <p>DUMAS, 1992, págs. 481-485.</p>

duda ello revela el carácter netamente romántico del autor y, por su precisión y belleza, lo acredita, una vez más, como el paisajista eximio que fue.

Repárese también en el carácter totalizador que imprime a su paisaje: tierra, mar, cielo, vegetación, recuerdos, acuáticas, etc y estas últimas aves se tratan más como ingrediente estético y decorativo del paisaje que como riqueza ecológica y patrimonio natural. Y todos estos elementos iluminados y como transmutados por la luz, la claridad, la transparencia del cielo y aguas azules (HEMPEL-LIPSCHUTZ, 1987, pág. 15).

Por otra parte, este paisaje del bajo Guadalquivir le desencanta a Gautier, no lo encuentra bello, aunque lo describa bellamente. En Dumas se encuentra una apreciación parecida, que la considera tan importante que se entretiene en hacer notar su disidencia con quienes exaltaron este mismo paisaje: los poetas árabes por lo maravilloso que le resultaba esta gran masa de agua que contrasta con la indigencia de los torrentes africanos que ellos conocían; los poetas franceses porque aunque no conocían el Guadalquivir, creyeron a los árabes; los poetas españoles porque consideraban al Betis un «gran señor» frente al ridículo Manzanares (DUMAS, 1992, pág. 481).

No obstante, frente a esta infravaloración estética del Guadalquivir, hay que afirmar que referido a su tra-

mo medio (provincias de Jaén y Córdoba) a este río y a su Valle por otros muchos viajeros románticos se le concedió un auténtico significado mítico: «representación y síntesis del radiante mediodía» y «el soleado Sur»; imagen de la «venturosa Andalucía» que, a su vez, es «jardín de España»; «paraíso» y «edén» frente a las «llanuras frías y desnudas de La Mancha» (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, págs. 87-89).

Y ¿por qué ahora el Guadalquivir no significa todo esto? Una vez más hay que recurrir a la repulsión que a los viajeros románticos despierta la llanura, habiendo también desaparecido en el sector de su desembocadura los flancos montañosos que encuadran el Guadalquivir medio (Sierra Morena, Segura-Cazorla, Béticas con Sierra Nevada, etc) y apareciendo un campo tan «inculto y desierto» y tan solitario que le resta policromía, sin contar con que ciudades y pueblos enhiestos y castillos morunos, que tanto abundaban aguas arriba, privaban a la percepción de Gautier y Dumas de unos apoyos eficaces para la exaltación de la maurofilia, tan crucial en la imagen romántica de España y Andalucía.

No obstante, en la aludida exaltación del Guadalquivir medio ya se detectan elementos de frustración al acercarse a su curso —«un ancho curso de agua azulona, estancada entre orillas de tierra blanca» (Wyllie)— que engendran amarga decepción en los viajeros: «¡Oh,

ninfas del Guadalquivir! ¿dónde están vuestros pastores engalanados? ¿dónde están vuestros carneros, oh Galatea?» (LÓPEZ ONTIVEROS, 1991, pág. 88-89).

Gautier, en cualquier caso, sin aludir la importancia cinegética de Doñana, convirtiendo su riqueza ornitológica en elemento estético y tomando distancia frente a descripciones del siglo XVIII e incluso del XIX, opta claramente por un tratamiento paisajístico del Bajo Guadalquivir y, aún sin que le agrade este paisaje sobremana, ritualiza y exalta el tercer aspecto del mito de Doñana-Marismas aún sin mentarlas, que es el paisaje, y ello con destreza y delicadamente como siempre sabe tratarlo.

Coetáneamente (1840) con los viajeros anteriores existe un texto de R. SÁNCHEZ (1984, pág. 25) que relata *Una cacería en el Coto de Oñana*. Ya aludimos a que ésta se consideró como una significativa «cacería romántica» según A. Duque. Y ¿por qué debemos calificar de romántica esta cacería? En primer lugar, por los asistentes a la misma que se detallan así:

«Figuraban en primera línea dos bellas damas, gala y adorno de estas comarcas; tres ingleses, dignos entusiastas de S. Huberto, que, después de cazar el oso blanco en las regiones boreales de Spitzberg, trocaban sus pieles por el pantalón de cotí, á fin de correr tras el lince en nuestra latitud meridional: cinco españoles, veteranos en los ejercicios de la montería, para quienes el mundo es una vedija de lana cuando se trata de un venado de once puntas ó de un jabalí serrano: un italiano, joven artista, de cabeza volcánica y además atrabiliario provisto de un enorme fusil árabe y de una buena colección de pinceles; aquél para abatir la caza, y éstos para retratarla sobre los lienzos del Palacio de Oñana» (SÁNCHEZ, 1984, págs. 7-8).

El pintoresquismo de los asistentes, la acreditada itinerancia cinegética de alguno de ellos, el italiano de «cabeza volcánica y además atrabiliario» y presto a trasladar al lienzo lo memorable que allí ocurriese (no se olvide que lo «pintoresco romántico» etimológicamente alude a lo que es digno de ser pintado) creo que ayudan a calificar como romántica esta cacería.

R. Sánchez, por otra parte, presenta una «impecable descripción de las tres zonas o partes» del coto de Oñana (DUQUE, 2004, pág. 48), «iguales casi en su extensión, pero diversas en su aspecto y fisonomía», que vamos a ir reproduciendo y comentando:

«La primera y más próxima al río es sin duda la más pintoresca y agradable á la vista. Cubierta de pinos frondosos, cuyas elevadas copas se abren en forma de quitasol para conceder el dón de su saludable sombra, siempre apetecida en estas regiones, presenta un terreno formado de ondulaciones suaves y de pequeñas colinas llenas de verdor, de fresca, de voluptuosidad. Aquí no se ven los panoramas que embargan la imaginación humana, atónita de contemplar los esfuerzos caprichosos y

gigantescos de la naturaleza en las convulsiones del globo, como los demuestran el *Yungfrau* y la *Brecha de Rolando*. En vez del pavor y del asombro se goza de la tranquilidad de una naturaleza apacible y sosegada, como cuando, recostado sobre la base de una triple colina formada en anfiteatro, el cazador hiende con su vista los intersticios del arbolado, la retiene en la vasta planicie de las marismas, brillante con los rayos del Sol, como una sábana de azogue y de acero bruñido, apercibe las risueñas alturas de Lebrija, y va á fijarla en el horizonte, donde se dibujan las sierras de Ronda, coronadas por la mole inmensa de la *Cabeza del Moro*. Aquí es donde se siente y estima en su valor la molicie y la bondad del clima venturoso de la Andalucía» (SÁNCHEZ, 1984, págs. 10-11).

En mi opinión, es este un texto significativo e innovador, no tanto por la descripción correcta y bella que se hace de la zona de pinares, sino porque se enfrenta por directo con el casi monopolio de la belleza que el Romanticismo había conferido en exclusiva a la montaña. Como se sabe, esto había sido obra de la teoría de lo «sublime» y sus marbetes más o menos próximos (lo «peligroso», lo «imponente», lo «terrible», etc) que terminan por ser equivalentes a lo bello y que, conviniendo sobremana a la montaña, dejan a la llanura despreciada y devaluada estéticamente; los teóricos de esta innovación epistemológica en la estética habían sido Kant, Blair, Burke, el *Oberman* de Senancour, etc. Pues bien, véase en el texto que comentamos cómo un modesto cronista asigna también valor estético a una naturaleza apacible y sosegada, como la de Doñana, que denota también «en su valor la molicie y la bondad del clima venturoso de Andalucía», que son todos tópicos importantes en la imagen romántica de la región. Por este camino, Doñana, creo que pasa a integrarse en el más amplio mito romántico que conviene a toda la Bética.

«De repente —prosigue R. Sánchez— nos encontramos en esta segunda fracción del terreno, donde toda señal de vegetación desaparece y se presenta sólo un mar de arena circundado únicamente por el horizonte, verdadero retrato en miniatura del desierto Líbico. Durante horas se marcha sobre este suelo movedizo y de color leonado, quebrado por las ondulaciones que forman las oleadas de arena que el Levante, verdadero *Simoún* de estos parajes, amontona y desbarata caprichosamente todos los días. Ninguna señal de vida aparece en el suelo; la huella del lobo y del venado, lo mismo que las pisadas del hombre se borran en el momento mismo de imprimirse. (...) Á veces, así como en el desierto, se encuentran como por encanto algunos sitios profundos casi rodeados de altas paredes de arena, que parecen situadas para librar de su propia inundación el centro de estos oasis, designados aquí con el nombre discordante y anti-poético de *Corrales*» (SÁNCHEZ, 1984, pág. 11).

Simplemente hacer notar que a este sector se le quiere asignar un canon de belleza paisajística, la del desierto, más cercana al concepto de lo sublime y de lo agresivo antes aludido, tan característico del Romanticismo.

Y por último, al tercer sector, el autor le confiere un valor paisajístico menor pero más propicio para la práctica de la montería. Se describe así:

«La tercera línea del territorio que describimos no merece atención particular, desnuda algún tanto de la vegetación frondosa y variada de la primera, así como de la horrible filosofía de la segunda, presenta una grande y vasta llanura sin accidente sensible de ninguna especie, y cubierta de arbustos más ó menos espesos, según el antojo del hombre que los quema y entresaca para facilitar el ejercicio de la montería.

De trecho en trecho elevan sus venerables copas algunas encinas seculares, que sirven de asilo contra los rayos del Sol, y también de signos de demarcación en este extenso terreno igual y uniforme» (SÁNCHEZ, 1984, pág. 12).

Tras la evocación de estos tres paisajes de Doñana, no parece existir duda que el relato de R. Sánchez es también romántico por la destreza e incluso originalidad con que trata dichos paisajes.

Pero romántica también es esta «cacería» por el tratamiento que hace de la fauna, que analiza casi exclusivamente, en cuanto especies de caza, siendo ésta, según el autor, tan rica que «no hay parque real en España que presente tanta variedad de caza como en su recinto encierra el coto de Oñana». Se detallan los mamíferos cazables, se enaltece una «ornitología no menos rica ni variada», se dan noticias sobre especies reales o supuestamente introducidas como el camello, faisán, avestruz, etc (DUQUE, 2004, pág. 49, y RUBIO RECIO, 2004, pág. 17), que parece no responden a la realidad o que expresan inexactitudes. Pero se prodigan también epítetos y juicios sobre especies que admira el autor cinegéticamente y que eleva a objeto estético, por ejemplo, describiendo así el linco:

«Éste último (el linco) se distingue por su magnitud, que llega a ser como la de un perro de presa; por la hermosura de su piel rubia, manchada graciosamente de negro; por la ligereza de sus movimientos, por su astucia, y por el brillo penetrante de su ojo. Si tuviese la cola larga, podría tomarse por un hermoso tigre» (SÁNCHEZ, 1984, pág. 13).

Y por fin, romántica es también la descripción que se hace de los lances cinegéticos necesarios para derribar un jabalí y después capturarlo vivo, todo ello hecho por un montero llamado el *Duende*, elevado a la categoría de héroe, como tantos otros hombres marginales de Doñana, y especialmente los guardas del Coto.

Ciertamente fue esta una cacería «romántica» que sobre todo afianza el mito del paraíso cinegético que es Doñana y que reivindica su morfología llana y amable como objeto deleitable del paisaje romántico, que ha constituido la gran aportación de este movimiento artístico al mito del espacio que estudiamos.

## VI CONCLUSIÓN SOBRE EL MITO ROMÁNTICO DE DOÑANA

De nuestros análisis, utilizando la literatura viajera del Romanticismo, creo que se deduce que la aceptación y conformación del mito de Doñana en este período no son generalizadas ni homogéneas. Doré y Davillier desconocen el mito y lo banalizan; R. Ford prescinde de él, lo reduce al patrimonio cinegético e incluso mira todo este espacio geográfico despectivamente; A. Dumas, sin entusiasmo, realiza una faena literaria de aliño que incluso en algunos pasajes hay que calificar de plagio; Gautier, sin apasionarle esta monótona llanura bética del Guadalquivir final, la erige, no obstante, diestra y bellamente, en paisaje, pero desconoce otros ingredientes del mito como es la oferta cinegética y el patrimonio ecológico de todo tipo; R. Sánchez, por el contrario, exalta la caza, su adecuada fauna para este menester y su paisaje. En resumen, Doñana para el viajero romántico puede oscilar entre el desconocimiento, la percepción tediosa y la exaltación cinegética y paisajística. Por demás no debe olvidarse que en 1854, la fauna de Doñana se describe en letra impresa en el *Catálogo de las Aves observadas en algunas provincias de Andalucía*, de D. Antonio Machado y Núñez, abuelo de los Machado, lo que atrajo probablemente a los ornitólogos del mundo entero y también a coleccionistas y comerciantes de especies, huevos y plumas, lo que es el inicio espectacular del interés y mito científico de Doñana (DUQUE, 2004, pág. 51, y VALVERDE, 2004, pág. 234).

Por tanto, el mito de Doñana se va conformando discontinua y vacilantemente, tiene su mayor y más antiguo apoyo en su oferta proverbial de caza; le sigue el descubrimiento e interés de su biogeografía (flora y fauna) que a partir de determinado momento es obra esencial de científicos especialistas., pero que también interesa a algún viajero ilustrado como Ponz; y el último descubrimiento que se hace de Doñana es el de su bello paisaje, que es aportación plena del Romanticismo.

En opinión de quien esto escribe, el autor o autores que con más detalle y competencia, dedicación y tenacidad, entusiasmo y pasión han compendiado y contado el mito de Doñana ha sido A. Chapman, parcialmente ayudado por Buck. Por ello sus obras y labor merecen un estudio preciso que es el que hicimos en su día, publicamos y hemos reseñado en la nota 2. Para quienes no lo conozcan sintetizamos su contenido y principales apartados. Tras bosquejar las biografías de Chapman y Buck y analizar el pensamiento y aporta-

ciones científicas del primero, se desarrolla en primer lugar el carácter de Doñana como espacio salvaje e inexplorado y se sintetizan las características físicas de las Marismas del Guadalquivir y el Coto de Doñana. Por fin se desarrollan los tres aspectos fundamentales del trabajo: análisis de la fauna de Doñana, muy especialmente de la avifauna, constatando «el paraíso orni-

tológico» que es este espacio natural; el Coto de Doñana desde el punto de vista de su fauna cazable, que igualmente hay que calificar como paraíso «ciné-gético»; y por fin se glosan y analizan los principales paisajes que plasman en sus obras los autores y que constituyen una de las aportaciones fundamentales de la visión romántica del mito de Doñana.

---

Este texto constituye parte de otra publicación reciente del autor, «La invención romántica y viajera de Doñana» (LÓPEZ ONTIVEROS, 2006), en OJEDA RIVERA, J. F.; GONZÁLEZ FARACO, J. C.; LÓPEZ ONTIVEROS, A. (coords.): *Doñana*

*en la cultura contemporánea*. Madrid, Organismo Autónomo Parques Nacionales, 2006. Las otras aportaciones contenidas en este libro son también útiles y en cierta medida complementarias para el tema desarrollado en este trabajo.

## B I B L I O G R A F Í A

ALFONSO XI (1977): *Libro de la Montería*. Introducción de J. E. Casariego. Versión y notas de José Gutiérrez de la Vega. Madrid. Ed. Velázquez.

ARGOTE DE MOLINA, G. (1882): *Discurso de la Montería*, Ed. de José Gutiérrez de la Vega. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

DORÉ, G. y DAVILLIER, Ch. (1984): *Viaje por España*. Madrid, Adalia Ediciones, tomo I.

DUMAS, A. (1992): *De París a Cádiz*. Madrid. Sílex Ediciones.

DUQUE, A. (2004): *El mito de Doñana*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara (1ª edición 1977).

DUQUE DE ALMAZÁN (1981): *Historia de la Montería en España*. Edición facsímil. Madrid, Astygi Artes Gráficas (1ª edición 1934).

FORD, R. (1980): *Manual de viajeros por Andalucía y lectores en casa, que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía. Reino de Sevilla*. Madrid. Ediciones Turner.

GAUTIER, T. (1985): *Viaje por España*. Prólogo de M. Vázquez Montalbán. Barcelona, Taifa Literaria.

GAVALA, J. (1992): *La geología de la Costa y Bahía de Cádiz. El Poema «Ora Marítima» de Avieno*. Puerto Real (Cádiz), Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz.

HEMPEL-LIPSCHUTZ, I. (1987): «Andalucía, de lo vivido a lo escrito, por tres románticos franceses: François-René de Chateaubriand, Prosper Merimée y Théophile Gautier». En GONZÁLEZ TROYANO, A. y otros: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y homenaje a Gerald Brenan*. Málaga. Diputación Provincial de Málaga.

JACOB, W. (2002): *Viajes por el Sur. Cartas escritas entre 1809-1810*. Introducción y traducción de Rocío Plaza Orellana. Dos Hermanas (Sevilla). Portada Editorial, S.L.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1988): «El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y pervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica». En GÓMEZ MENDOZA, J., ORTEGA CANTERO, N. y otros: *Viajeros y paisajes*. Madrid. Alianza Universidad.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1991): *La imagen geográfica de Córdoba y su Provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*. Córdoba. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (2004): «Descubrimiento y conformación histórica de los paisajes rurales». En ORTEGA CANTERO, N. (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. Madrid. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

LÓPEZ ONTIVEROS, A. (2006): «La invención romántica y viajera de Doñana». En OJEDA RIVERA, J. F.; GONZÁLEZ FARACO, J. C.; LÓPEZ ONTIVEROS, A. (coords.): *Doñana en la cultura contemporánea*. Madrid, Organismo Autónomo Parques Nacionales, Ministerio de Medio Ambiente.



LÓPEZ ONTIVEROS, A. (2006): «El Coto de Doñana, espacio geográfico inexplorado y agreste según A. Chapman y W. J. Buck». En LÓPEZ ONTIVEROS, A.; NOGUÉ, J. ORTEGA CANTERO, N. (coords.): *Representaciones culturales del paisaje. Y una excursión por Doñana*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, A.G.E., Grupo de Trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico.

LÓPEZ ONTIVEROS, A.; VALLE BUENESTADO, B. y GARCÍA VERDUGO, F. R. (1991): *Caza y paisaje geográfico en las tierras béticas según el «Libro de la Montería»*, Córdoba. Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Agencia de Medio Ambiente.

OJEDA RIVERA, J. F.; GONZÁLEZ FARACO, J. C.; VILLA DÍAZ, J. (2000): «El paisaje como mito romántico: su génesis y pervivencia en Doñana». En MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y SANZ HERRÁIZ, C. (eds.): *Estudios sobre el paisaje*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria.

ORTEGA CANTERO, N. (1999): «Imágenes románticas del paisaje español». En HERMOSILLA, M<sup>a</sup> A. y otros (eds.): *Visiones del paisaje. Actas del Congreso*. Priego de Córdoba, noviembre 1997. Córdoba, Universidad de Córdoba.

ORTEGA CANTERO, N. (2000): «Viajeros e institucionistas: una visión de la montaña». En MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y SANZ HERRÁIZ, C. (eds.): *Estudios sobre el paisaje*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria.

PONZ, A. (1794): *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. Tomo XVIII. Madrid. Por la viuda de D. Joaquín Ibarra.

*Relación de la cacería dada en el Bosque de Doña Ana a Felipe IV por D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, VIII Duque de Medina Sidonia*. (1984) Madrid, Guillermo Blázquez, Editor.

*Relación de la ida de su Majestad desde su Palacio del Aljarafe de Sevilla al Bosque de Doña Ana del Duque de Medina Sidonia: y prevención que allí le tuvo el Duque; y de la llegada á Sanlúcar y demás fiestas que en esta jornada hubo*. (1984). Enviola Fray Martín de Céspedes en su carta de 16 de abril de 1624 al Duque de Segorve y de Cardona, Don Enrique, mi señor. Por el doctor Thebussem. Madrid, Guillermo Blázquez, Editor.

RUBIO RECIO, J. M. (2004): «Prólogo». En DUQUE, o.c.

SÁNCHEZ, R. (1984): *Una cacería en el Coto de Oñana*. Segunda Edición publicada por el Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaes. Edición facsímil. Madrid. Guillermo Blázquez, Editor.

TOWNSEND, J. (1988): *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Prólogo de Ian Robertson. Madrid. Ediciones Turner, S.A.

UHAGÓN, F. R. de (1984): «Advertencia». En *Relación de la cacería dada...*, o.c.

UHAGÓN, F. R. de (1984): «Introducción». En *Relación de la ida...*, o.c.

VALVERDE, J. A. (2004): «Doñana y las Marismas del Guadalquivir: su rescate y sus problemas presentes y futuros». En DUQUE o.c.

*Verissima relación de la entrada del Rey nuestro Señor Filipo 4. que Dios guarde; en Doñana, Isla de caça del Duque de Medina, y las fiestas de fuegos, y otras cosas que allí se le hizieron. Con el recibimiento que se le hizo en la Ciudad de Sanlúcar, y los presentes que el Duque, y Duquesa hizieron a su Magestad. Tambien se haze Relacion de la entrada en la Ciudad de Cadiz* (1984). Publicada en *Relación de la cacería...*, o.c.